

## XLV

### LOS REGOCIJOS PÚBLICOS

París no supo al pronto sino de una manera imperfecta lo que acababa de suceder en Crimea. En el *Moniteur* del 10 de septiembre de 1855 se leyó: «París, 9 septiembre. El ministro de la Guerra recibe á las once de la noche el parte siguiente, fechado en Varna: «9 septiembre, á las tres y treinta y cinco minutos de la tarde. A mediodía se ha dado el asalto de Malakoff, cuyos reductos, con el Redán del Carenero (Pequeño Redán) han sido tomados por nuestras valerosas tropas con un arrojo admirable á los gritos de ¡Viva el emperador! Nos hemos ocupado desde luego en posesionarnos, y lo hemos conseguido en Malakoff. El Redán del Carenero no se pudo conservar ante la poderosa artillería que acribillaba á los primeros ocupantes de esta obra defensiva, la cual no tardará en caer, gracias á nuestra sólida instalación en Malakoff, así como el Gran Redán, de cuya saliente se apoderaron nuestros bravos aliados con su vigor de costumbre; sin embargo, lo mismo que en el Redán del Carenero, han debido ceder ante la artillería enemiga y las poderosas reservas. A la vista de nuestras águilas, flotando en Malakoff, el general Selles ha dirigido dos ataques contra el baluarte Central; pero sin poder tomarle, por lo cual nuestras tropas volvieron á las trincheras. Hemos sufrido graves pérdidas, que no me es posible precisar ahora; pero quedan bien compensadas, porque la toma de Malakoff es un suceso que tendrá inmensas consecuencias.» A pesar de estas últimas palabras, la satisfacción del público fué muy moderada, pues había sido con tanta frecuencia juguete de falsas noticias y de falsas alegrías, que ahora era incrédulo, y por otra parte, el informe no decía que se hubiese tomado la ciudad de Sebastopol.

Al día siguiente, 11 de septiembre, el *Moniteur* publicó dos partes más explícitas: uno, del general Pelissier, fechado en el reducto Branción el 9 de septiembre, á las tres de la madrugada, decía que el arrabal de Karabelnaia y la parte Sud de Sebastopol no existían ya, y que los rusos se habían decidido á evacuar la plaza después de volar por la mina todas las obras defensivas. El otro telegrama, dirigido por el almirante Bruat al ministro de Marina el 9 de septiembre, á las diez y quince minutos de la mañana, anunciaba que los barcos rusos habían sido echados á pique, y que los soldados franceses se diseminaban en grupos aislados por las murallas de Sebastopol, al parecer completamente abandonadas.

El 12 de septiembre, habiéndose confirmado la noticia de la toma de Sebastopol, Napoleón III firmó en el palacio de Saint-Cloud el decreto que elevaba al general Pelissier á la dignidad de mariscal de Francia. Se acordó que al día siguiente, 13 de septiembre, se cantara un *Te Deum* en Nuestra Señora, y que en todos los teatros de París se dieran funciones gratuitas.

El 13 todo el mundo estaba convencido de que las tropas de Crimea habían alcanzado la victoria. El *Moniteur* publicaba un artículo en el que se decía: «La confusión producida en el orden de llegada de los últimos telegramas de Oriente, el laconismo obligado de éstos y la prodigiosa rapidez con que se han seguido los acontecimientos que anuncian, han dejado una impresión de incertidumbre y de sorpresa que no ha permitido tal vez apreciar desde luego la importancia decisiva de la victoria que los ejércitos aliados acababan de obtener.... Después de tan larga espera, la noticia del desenlace de la lucha ha sido tan súbita y conmovedora, que no ha dejado en los ánimos la calma necesaria para explicarse claramente los hechos consumados y calcular su trascendencia. Estos hechos son grandiosos y se pueden resumir en dos palabras: la caída de Sebastopol y la destrucción de la escuadra rusa.»

El emperador asistió el 13 de septiembre al *Te Deum* de Nuestra Señora, que se celebró con gran pompa, y dijo al arzobispo de París: «Vengo aquí, monseñor, á dar gracias al cielo por el triunfo que ha concedido á nuestras armas, pues me complazco en reconocer que, á pesar de la habilidad de los generales y del valor de los soldados, nada puede alcanzar buen éxito sin la protección de la Providencia.»

La población parisiense estaba de fiesta: desde las diez de la mañana, una multitud considerable se había estacionado en las inmediaciones de los principales teatros aunque sabía que los espectáculos gratuitos no comenzarían hasta las dos; mas entretanto hablábase del gran acontecimiento, y todos se entusiasmaban tratando del ejército.

En la Opera, al levantarse el telón, aparecieron los coros ocupando el escenario en toda su longitud. La decoración del fondo representaba una vista de Sebastopol tal como la ciudad era antes de que las bombas y el incendio la hubiesen convertido en un montón de ruinas, y á derecha é izquierda de los espectadores se habían agrupado banderas de los cuatro ejércitos aliados.

Después de un himno entonado por el coro, el tenor Roger, con traje de etiqueta, ejecutó una cantata cuya música era de Auber.

Después se cantaron *Los Hugonotes*, de Meyerbeer.

En la Comedia Francesa el director del teatro M. Arsène Houssaye había escrito para el caso una composición en verso, que fué muy bien leída por la señorita Favart, vestida de musa de la Historia.

El espectáculo se componía de *Las señoritas de Saint-Cir* y del *Médico á palos*, y en ambas obras la señorita Agustina Brohán fué vivamente aplaudida.

En la Opera Cómica, después de la representación de *Haydée* se ejecutó una



cantata cuya letra y música fueron compuestas la víspera por M. Michel Carré y M. Adelphe Adam. Cantaron los solos Jourdán, Faure, Rioquier et Bussine, que representaban un subteniente francés, un oficial inglés, un soldado turco y un sargento sardo. Jourdán, con una corona de laurel en la mano derecha, cubierta de una gasa negra, y en la izquierda la bandera tricolor, cantó con una emoción comunicativa una estrofa heroica y fúnebre, que fué aplaudida.

Entre *Haydée* y la cantata, mientras que una parte de los actores se mudaban de trajes, el director de la Opera Cómica, M. Perrin, á fin de evitar que el público se impacientara dió orden de distribuirle, magníficamente impresa en vitela, la letra de la cantata que se iba á ejecutar.

Era la misma que se había dado para el teatro Lírico, donde se representó *Jaguarita* por Mme. Cabel.

En el Odeón se puso en escena *Britannicus*, encargándose la señorita Georges del papel de Agripina, y se leyó una composición en verso de M. Philoxéne Boyer.

El Vaudeville, el Gimnasio, la Gaíte y el Palais Royal dieron también sus composiciones en verso ó sus cantatas; y en todas partes hubo aplausos frenéticos, ovaciones y gritos de entusiasmo.

Por la noche todos los edificios públicos y gran número de casas particulares se iluminaron. Una multitud se paseaba á través de la gran capital que tenía el aspecto de una apoteosis.

El domingo, 16 de septiembre, se cantó un *Te Deum* en todas las iglesias de Francia y por doquiera hubo regocijos públicos.

El 21 el emperador escribió á Bosquet: «Querido general: Se os debe en gran parte la toma de Sebastopol; el mariscal Pelissier lo proclama así y no me ha sorprendido. Esta última y decisiva cooperación de vuestra parte responde á hechos de armas anteriores desde el principio de la campaña, y habéis sido allí lo que siempre fuisteis en todas ocasiones: hábil é intrépido. Me complazco en reconocerlo altamente y en felicitaros. Me aseguran que vuestra herida no tendrá consecuencias graves: lo espero así, y me alegro mucho de ello.»

Así los rusos como los franceses tributaban un homenaje al general Bosquet. He aquí lo que escribía á su madre el 25 de septiembre: «Una veintena de oficiales rusos prisioneros, conducidos el día 8 á mi cuartel general, precisamente cuando yo llegaba en una camilla de la ambulancia, se informaron con mucho interés de mi herida, diciendo que sin mí no habríamos vencido, y que el asalto hubiera fracasado como el 18 de junio, cuando Pelissier le dirigió. Y como uno de mis oficiales les dijese: — Puesto que las jornadas que el general Bosquet dirigió contra ustedes han sido todas fatales á Rusia, ¿cómo hablan de él con tanta benevolencia? — A esto contestaron: — Hemos sido derrotados, mas no podemos negar nuestro aprecio á vuestro general, y si en tiempo de paz fuese enviado á Rusia, se le recibiría triunfalmente, pues sabemos que ha hecho el debido aprecio de nuestras tropas y de nuestros oficiales.»

En Francia, todos los corazones latían á la par durante la guerra de Crimea:

imperialistas, legitimistas, orleanistas y republicanos estaban todos animados del más puro patriotismo, y los rencores de partido se desvanecían ante el sentimiento nacional. He aquí la hermosa carta que un adversario personal de Napoleón III, el general de Lamoriciere, escribió desde Bruselas al general Bosquet el 20 de septiembre de 1855: «Querido general: Mientras que solamente



El duque de Aumale

se trató de aplaudir vuestros triunfos, en los que no podéis dudar que me interesaba, me abstuve de enviaros frívolas felicitaciones, que hubieran podido tener el inconveniente de perjudicar vuestra carrera.

»Entre las necesidades que nos impone el ostracismo que sobre nosotros pesa, una de las más duras es la que nos obliga á abstenernos muy á menudo de los testimonios de simpatía que debemos guardar en el fondo de nuestros corazones; pero hoy estáis herido, y gravemente, según dicen, y no puedo resistir al deseo de enviaros estas breves líneas, cuya letra reconoceréis. ¡Ojalá que



el cordial recuerdo y la antigua amistad de aquel que las traza pueda aliviar un instante vuestros gloriosos dolores.»

Bosquet profesaba á Lamoriciere un agradecimiento y una admiración profundos, y al punto contestó: «Mi general, mi muy querido general: Un amigo común os entregará esta carta, expresándoos, tal vez mejor de lo que en ella podría hacerlo, todo el calor de mi afecto y del agradecimiento que os debo, mi general, á vos, que me pusisteis el pie en el estribo y las riendas en la mano.

»Creeréis sin dificultad, y vuestro buen corazón lo comprenderá, que durante esta ruda campaña vuestro recuerdo no me abandonó nunca; en los momentos solemnes le invoqué siempre, y parecíame que la buena inspiración me llegaba de vos. Si el destino os tenía lejos de nosotros, vuestro pensamiento por lo menos estaba presente con todos sus recursos de abnegación y de firmeza. Hemos hecho la guerra como la habíamos aprendido bajo vuestras órdenes, y vuestros soldados, á quien hubierais reconocido, se inspiraban en el sentimiento del deber que les inculcasteis en Africa.

»Hemos batido á los rusos con los soldados y los métodos que creasteis, y en cuanto á mí, si la fortuna me ha favorecido en algunos encuentros, creedlo así, mi general, á vos, como mi maestro, es á quien he tributado los honores al fin de la jornada. ¡Que no pueda yo describiros estos combates, estrechándoos las manos! ¡Aplaudiríais á vuestros discípulos, á vuestros hijos!

»Las pocas líneas que me enviasteis á Crimea han sido para mi herida como un bálsamo, haciendo asomar á mis ojos dulces lágrimas. Era para mí la más completa recompensa.»

La actitud de los príncipes de Orleáns durante toda la guerra fué tan noble como generosa. Siguiendo las operaciones militares con el interés más ardiente, más apasionado y patriótico, experimentaban un pesar profundo por no poder compartir los peligros de sus antiguos compañeros de armas. El duque de Aumale, ese gran soldado, ese gran ciudadano, ese «admirable y simbólico representante de la antigua Francia,» como le ha llamado Francisco Coppée, á quien todos los partidos han respetado y cuya reciente muerte ha sido un duelo para la patria, dirigía desde Twickenham, en 2 de agosto de 1855, al capitán Bocher estas líneas verdaderamente dignas de su gran corazón: «Estoy muy triste, y mi antiguo fondo de alegría natural se agota ya: no puedo acostumbrarme á la idea de que mis compañeros se batan y mueren sin que yo me halle en medio de ellos. La guerra hecha sin nosotros es lo que más he temido siempre desde la revolución de febrero; sin embargo, casi me había familiarizado con todo lo demás; pero no puedo hacer lo mismo con esto.» ¡Ay!, ¿por qué tales hombres como el duque de Aumale, y los generales Changarnier, Bedeau y Lamoriciere, habían sido condenados á una inacción tan dolorosa para ellos? ¿Por qué la Crimea no había sido para todos los franceses un terreno de reconciliación general?

## XLVI

EL FIN DE 1855

Nadie podía decir aún si la guerra iba á terminar. A últimos de octubre los contingentes reunidos de los aliados en Crimea se elevaban á cerca de doscientos mil hombres, y no se hablaba de disminuirlos; pero de una parte y otra estaban cansados de tantas hecatombes, y la situación se parecía algo á una tregua. En el pueblo de Konghil, cerca de Eupatoria, hubo el 29 de septiembre un combate de caballería muy brillante para el general de Allonville, y el 17 de octubre un cuerpo expedicionario franco-inglés, embarcado en Kamiesch y en Balaclava, se apoderó de la fortaleza rusa de Kimburn, en la extremidad del golfo del Dniéper; pero al fin del año no hubo ningún otro incidente militar. Las tropas tomaron sus cuarteles de invierno, disfrutando entonces de una calma relativa, sin saber si la guerra volvería á comenzar con nuevo furor en la primavera.

El desenlace dependía sobre todo del emperador Alejandro II. En noviembre, cuando los escombros de Sebastopol humeaban aún, este soberano marchó á Crimea para dar gracias á los bravos defensores de aquella plaza, y dirigió á su general en jefe, el príncipe Miguel Gortschakoff, un rescripto en que decía: «El excelente estado del ejército sometido á vuestro mando es una prueba de la solicitud y de los perseverantes esfuerzos con los cuales habéis podido conseguir este fin. Esto os honra tanto más cuanto que al mismo tiempo toda vuestra inteligencia y actividad se concentraban en el cuidado de combatir á un enemigo temible y valeroso, que no retrocedía ante ningún sacrificio.» Esta frase cortés del tsar para sus enemigos podía considerarse como un síntoma de conciliación.

Napoleón III, después de algunas vacilaciones, no tardó en comprender que Inglaterra vería con gusto la continuación de las hostilidades; pero que en Francia la opinión pública estaba unánime en desear la paz. Desde entonces, la orientación de la política francesa dejó de ser belicosa; y por la acogida especialmente afectuosa que se hizo al príncipe real de Bélgica, duque de Brabante (en la actualidad rey de los belgas bajo el nombre de Leopoldo II), y á la duquesa su esposa (María Enriqueta, archiduquesa de Austria), el emperador quiso demostrar que no pensaba en ninguna anexión. El duque y la duquesa de Brabante fueron sus huéspedes desde el 12 al 27 de octubre de 1855, y los colmó de